

# Cuento

 dramaturgia • poesía

#IdartesSeMudaATuCasa-  
Otros mundos posibles



# Limpieza sabatina



©Sebastián Martínez

*Si existiera Dios habría desertado de aquel mundo súbitamente, excesivamente limpio, como una casa en sábado, quieta, sin polvo, oliendo a jabón.*

Clarice Lispector

Devine en mi tía Elena ese sábado por la mañana. Fue una transformación sin absolutos cambios. Me puse los guantes amarillos, mis chanclas, y empecé, con el baño, a borrar mis restos. Limpiar es intentar retroceder el tiempo. Es como pretender que nunca se estuvo en un espacio, que no se ensució, que no se dejaron partículas propias. El baño en especial, es un sitio desastroso: me revela en exceso cómo me he ido desmoronando, cómo soy una pila de polvo, de pelo. Ir cayéndose mientras se vive y encontrarse ahí, tirado, como mugre en el piso, como pelo flotando sobre el agua del inodoro. Y limpié obsesivamente. Traté de que no quedaran las manchas, las evidencias del desgaste. Y aunque traté, aún quedaba algo: jabón. Jabón y límpido. Un olor a cítrico, a limpieza, que revelaba que había querido borrar. Ese aroma a intento permanecía ahí, delatándome. Yo tan poco ortodoxo y de repente, cuando una nube invisible de límpido se metió por mi nariz, cuando fregué el inodoro, me sentí religiosa y conservadora. Fui soltera y fui madre y fui hija apegada; una mujer compulsiva contra la mancha. Me di cuenta de que no quería verme. Quise borrar me. No toleré verme pegada en cada lado, oliéndome como estiércol dentro de unas paredes de las que nunca salí. No caminé y tuve una hija, una cadena de piel que me siguió enrollando mis pies. Sé que odio la mugre porque me odio parcialmente. Qué sería de mí si dejara de lado el cítrico. Estaría enterrada, sepultada por mí misma. No podría soportar tanta carga, ¿quién podría? Moriría de rinitis. Respirarme a mí misma, qué dolor, y estornudar hasta desgastarme la nariz, hasta quedarme con un hueco que respira, en vez de una protuberancia. Acabé con el excremento empastado en la pared del inodoro y me puse de pie.

Todo se volvió tan cómodo que, si hubiera tenido la capacidad de derramarme, habría llorado. La pestilencia de la leche vinagre expandiéndose por el apartamento ahora estaba empacada en una bolsa, en una piel que contenía su líquido en descomposición, ese aire vomitivo que entraba en la nariz y hurgaba, que rasguñaba las paredes de las fosas nasales como ratas recién nacidas siendo amantadas, como patas frenéticas de hambre. El aire entraba hasta mis pulmones, dejándome rajado por dentro, sangrando lixiviado, y tuve que, en fin, hacerle un cuerpo para poder exiliarla, botar ese olor por el *shut* de este edificio, y solo la tiré sin pensar en el trayecto descendente de la leche-aire, y cayó de totazo en ese montón de bolsas de más putrefacción y explotó blanca y gloriosamente, goteó sobre tantos cuerpos, se dispersó. Qué envidia.

Fui despojando las presencias lentamente, tirando cada inexplicable polvo que vibraba en el suelo, cada sustancia blanca, como hinchada, que yacía deformemente en el lavaplatos, cada migaja que hacía de mi cama una colonia de hormigas muertas. Exterminé todo en mi apartamento para estar tristemente cómodo, preparado para una eventual visita, para no sentir que tengo algo más por hacer. Mis ojos fueron dos bolas blancas de billar cuando miré este apartamento immaculado, extraño. Dos bolas duras, monocromáticas, inertes.

Sentí la necesidad de extender mi alfombra en medio de la desértica y esterilizada sala, me senté allí después de haber pedido pollo asado a domicilio y miré *esas* manos violentamente iluminadas. No había comprado cortinas que ocultaran el interior de mi apartamento de los que había enfrente de mí. Me sentí observado por los edificios-multiojos. Arrugadas por el agua helada que había logrado filtrarse por entre los guantes amarillos, esas manos, las de mi tía Elena, estaban ahí, trasplantadas, enseguida de mis muñecas. Esas manos que habrían manoseado unas tetas pequeñas y un abdomen plano y flácido; lo que las manos sentían propio, conectado a su propia anatomía, esa familiaridad se había cortado. Lejos de su cuerpo, amputadas y traspuestas, no podían tocar nada

sin extrañeza; se hallaban a varios kilómetros de las venas que, a través de otros antebrazos, las alimentaban de una sangre que sí circulaba, no como la mía, y por eso, además del agua, estaban arrugadas, como tendiendo a su inevitable proceso bajo tierra. Y como yo controlaba lo demás del cuerpo que sí estaba siendo mío, puse mi antebrazo en mi muslo, cerca de mi entrepierna, más que por agitarme —fálicamente, quiero decir—, porque me dio simplemente frío, a pesar del sol. Las manos se petrificaron, como alejándose, como con miedo de la entrepierna del sobrino, porque mi cuerpo, fuera la parte que fuera, era de hombre, y era de un miembro de la familia, y daba repulsión a la mano arrugada que hizo una fuerza inútil hacia las paredes blancas, como si nuestro contacto, el de su piel y el de mi piel, le aterrara. Paulatinamente el sol, el tiempo y la naturaleza tan desértica de mi cuerpo secaron al injerto-Elena. Las manos tuvieron el proceso contrario al de las pasas: de arrugadas y húmedas se secaron y se hincharon con mi espesa y arenosa sangre, y volvieron a quedar con los dedos redondos, como si hubiera vida dentro. Quedé solitariamente con mis manos.

Me había cerciorado de que cada ranura de cada baldosa estuviera intacta, sin suciedad: barrí dos veces y trapé dos veces también. Todo era límpido y limón. Pero vi una interrupción verde en el centro de la sala. Acerqué mi cara a esa cosa verde, dejé de verla e intenté conocerla a través del olfato, pero todo el aroma cítrico e industrial me lo impedía. La limpieza volvía la interrupción una cosa inodora. La toqué suavemente. Estaba enterrada en una ranura, entre las baldosas. No supe qué pasó. Yo vivía en el decimoquinto piso. Yo estaba más bien levitando, viviendo entre el aire. Pero esa cosa verde creció en cuestión de segundos, porque cuando barrí, o cuando Elena barrió, eso no estaba, no existía. Era una hoja, era pasto. La iba a arrancar, pero me pareció algo tan milagroso, tan imposible, que titubeé. Qué nacimiento tan atrevido. Nacer en la infertilidad, en la desinfección. Todos nacemos como parásitos, como organitos invasores, como una lombriz que creció dentro del estómago. Muchos nacemos, claro, en una clínica, en

un espacio esterilizado, pero es que nos llevan en una cápsula de carne. El vientre, tierra de la que, como gusanos, salimos. Pero esta planta, contra toda posibilidad, nació entre el aire y el jabón.

Quedé absorto: en mi apartamento había vida.

El citófono sonó. Esperé en el umbral, mirando de reojo a ese invasor verde. Cuando llegó el domiciliario, entrecerré la puerta con vergüenza. Solo vi las manos de hombre, su pecho, mi pedido; entregó el pollo, pagué no sé cuánto de más y cerré la puerta. El hombre-sin-cara no notó el cosquilleo, porque no vi sobresaltos en sus manos: un tallo largo, fino, se había enredado en mi tobillo. De todas las ranuras salía maleza y enredaderas. Era un jardín ajedrezco. A pesar de haber evitado los jardines —porque, ¿qué podía darles yo?, ¿escasez?—, mi hogar se había colmado de eso a lo que yo había sido tan reacio. Todo lo que entraba en esta casa estaba muerto. Químicos, detergentes, desinfectantes; alimentos empaquetados, pollos apanados, animales sin pálpito; yo, una cosa petrificada. A pesar de la dureza de mi cuerpo, yo sentía. Sentía miserablemente. Era por mi sangre, grumosa, sólida: una pasta rojiza que hacía de mí un cuerpo de goma. Endurecerme... todo este aislamiento, tanta quietud. Mi cuerpo tuvo que adaptarse. Yo no fluía, pero la hierba sí, incontrolablemente. Ríos verdes, frágiles. No me costó escuchar los crujidos, porque mi respiración no intervino en el aire. Mi respiración tan disminuida, tan imperceptible, me permitió escuchar el bambú creciendo, huesitos destriturándose.

El suelo efervescente y yo. Solté el pollo todavía caliente en la pequeña colina que nacía a mi lado. Hice el esfuerzo de levantar mi cuello, de dejar de ver las baldosas destruyéndose y miré la ventana, el cuadro de inerte cemento. Un ojo: el apartamento y yo éramos un ojo que se estaba infectando verdemente. Nos ramificábamos hacia adentro. Un ojo que miraba los edificios multiojos. Sabía que este edificio en el que vivía tenía treinta pisos, y yo era el del decimoquinto. Sabía también que era el único ojo verde, el único ojo que nació entre el asfalto. Un cíclope de vida. Este ojo cuadrado con un invasor por dentro, con un humanito, un enano

sin vida. Una bacteria no muerta, porque eso indicaría que me estaría pudriendo. No, peor: un ojo con una suspensión adentro. Un ser que solo deja una suciedad estéril. Una goma imputrefacta. Me agaché, pasté con rabia, tragué las plantas, las mastiqué y había tierra, y había lombrices que entraron en mi boca y las partí, las destrocé. Adentro, en mi estómago hubo un movimiento igual al que había en el apartamento. Incluso cuando ya había vuelto todo alimento vida muerta, eso siguió naciendo. Herbecía desde adentro. El pollo que estaba destinado a mi boca, que olvidé por este impulso incontrolable y asqueroso, ya era hormigas encima de huesos descompuestos.

Pero algo ocurrió mientras pastaba: hincó mis dientes en un vacío donde no había vida todavía y tropecé contra la baldosa. Se me agrietó un diente, me fragmenté. Dolió apenas como el diente sensible que tiembla por haberse clavado en una paleta de limón. Mis manos, que eran más bien patas, ya estaban sumergidas en la maleza. Y yo estaba siendo devorado desde fuera y desde dentro. Mi cuerpo parecía estremecerse. Por debajo de la piel, raíces o culebras o lombrices se escurrían. Me llenaban. Algo se estaba articulando en mí, algo me estaba articulando al cuerpo que siempre me habían dicho que era mío. Tierra. Algo ajeno. Había estado tanto tiempo despedazado, separado. Ningún órgano se conectaba con ningún órgano. Era un montón de bolsas cárnicas, hinchadas, como puestas una encima de otras, como muchas carnes dentro de un bus, tocándose pero repudiándose. El enraizamiento fue un engaño. Las hierbas no me pertenecían. Entre los órganos creció un ecosistema invasor. Al parecer, esos parásitos herbarios se adaptaron más rápido a la pasta sanguínea que mi propio cuerpo.

Me sentí como una maceta despropiada de su función de maceta, una maceta que dejó de contener para pasar a ser un cuerpo encapsulado por la misma hierba. Las ramas subieron por mi garganta, salieron de mi boca, recorrieron mis ojos y se agarraron de mis párpados, como si no quisieran que yo cerrara los ojos. Obstruyeron todas las vías. Los pulmones estaban llenos de

raíces, de lombrices que no tenían por dónde moverse, emparedadas entre la hierba y mi carne. Yo estaba ensartado en el tronco de un guayabo que nació en la mitad del apartamento, ensartado en la alfombra, el edificio y la hierba. Quedé como un maniquí deforme.

De una diminuta hoja bajó una mariquita que se posó en mi ojo forzosamente abierto y lo irritó lo bastante para que acumulara agua, sal, una lágrima que se volvió obesa, pesada; la lágrima se fue engordando en el borde del párpado y de las raíces, hasta que después de que la mariquita diera vueltas por toda mi retina, encharcara sus patitas y volara y me dejara con una picazón. Después de eso, la gota se empezó a resbalar por mi piel-hierba. Lo sé porque lo sentí. Sentí esa miniatura aun cuando llegó al meñique de mi pie izquierdo y se balanceó allí. Cosquillas. Sentí toda esa incómoda risa de la hierba dentro de mí, una vibración que no me pertenecía, una solemnidad dolorosa que aumentó hasta el límite del humano y del animal, hasta el límite de la sensibilidad. Toda la crudeza me abrazaba. Sentí el calor de mi soledad, herví, me escurrí en lágrimas y sudor. Y me sacudí torpemente por la tos, por la asfixia, por mis órganos reaccionando a la invasión. La anestesia había terminado. Pude ser abono.